

o por medio de inversiones en valores bancarios y en depósitos a la vista, gran parte de la riqueza nacional.

Además, como queda ya de manifiesto, los previsores preladados, no se conforman más con la desaparición de este o aquel enemigo conspicuo de su opulencia, de su bienestar y de su prosperidad; ambicionan el exterminio total de aquellas masas de población que, venida la hora, pudieren ser despertadas del profundo letargo secular que las pone al arbitrio caprichoso y despótico de sus cristianísimos preladados.

Pues bien, un clero de esta especie, inhumano, salaz, omnipotente, —porque era dueño absoluto de las conciencias y de la más considerable porción de los tesoros materiales—, constituía otro de los tres entusiastas aliados de la intervención extranjera en nuestra patria. A la que, de consuno con una aristocracia abaceril, ociosa y prematuramente decrepita, y de un ejército veleidoso, vandálico y feroz; estaba ansioso de entregar a los intrusos, con la vana esperanza de mantener incólumes sus prebendas, sus fueros y su poderío, y de recuperar las vastas propiedades que habían sido desamortizadas.

A continuación nos ocuparemos en la facción armada y en los hombres que la capitaneaban; quienes, fuere de suponerse, desempeñarían primerísimo papel en la traición. Pero no pudieron o no quisieron asumirlo, porque quizás para el mejor logro de sus ambiciones, debióles parecer necesario subordinarse al poder eclesiástico y al poder político.

Un Ejército con Jefes Sanguinarios y Felones

Los ascensos, premio a la oportuna defección — Santa Anna y sus veleidades — Autorretrato de Almonte — Miramón no sabía de convicciones — Rechazado por la República, firma oprobiosa adhesión a los invasores — Márquez, un nombre que se escribe con sangre — Ramón Méndez, otro arquetipo de trogloditismo encharreterado — Maximiliano lo asciende a general por los asesinatos de Arteaga y Salazar

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
V. A. N. L.

CAPITULO IV

UN EJERCITO CON JEFES SANGUINARIOS
Y FELONES

"Una guerra civil en que la religión está en juego, es terrible. El hombre se vuelve feroz cuando cree vengar los ultrajes inferidos a Dios. Iturbide, para celebrar dignamente el viernes santo después de un combate afortunado, mandó fusilar trescientos prisioneros, so pretexto de que estaban excomulgados".

EMILE OLLIVIER.

DESDE que Agustín de Iturbide defecionó del partido realista, engolosinado con la perspectiva de improvisarse en grotesco emperador de un país que se desangraba en la pugna por quebrantar, no nada más de nombre, las prisiones que secularmente le habían aherrojado; el ejército mexicano vino especializándose en asonadas, pronunciamientos y cuartelazos.

La componenda que permitió a aquel padre de deslealtades, cambiar de chaqueta para acomodarse en el primer lugar del México emancipado, puso en postergación a muy ilustres

caudillos insurgentes que, sobreviviendo a la lucha cruenta y desigual, a despecho de las penalidades sin cuento sufridas y de los sacrificios sin número consumados, alcanzaron el momento en que parecía por último tornarse esplendorosa realidad el ideal tan tenaz como bravamente perseguido.

NO PREMIABA EL ASCENSO LA LEALTAD
SINO LA OPORTUNIDAD EN LA DEFECCION

La deplorable fusión de los dos bandos combatientes, respetó rangos, aún de los jefes que significándose habían como los más crueles perseguidores de los adalides de la independencia; lo que debió influir poderosamente en aquellos militares en quienes no estaba muy arraigado el sentimiento del deber, para persuadirles a que no eran los méritos contraídos en su leal y estricto cumplimiento, los que atribuían ascensos, distinciones y honores, sino, más que nada, la oportunidad en la defección.

Así fué cómo el ejército vino a degenerar en una banda armada, compuesta de facciosos oportunistas, y pronta siempre a sumarse al partido del triunfo, por medio de la cuartelada o del pronunciamiento; ya que, de hecho, su conglomerado no constituía una corporación dedicada al apoyo de las instituciones, legítimamente establecidas, sino un conjunto de hombres ignaros, o enganchados por la fuerza o de equívocos antecedentes, que prestaban una obediencia ciega a quien su mando inmediato asumía.

Por lo general la tropa se formaba con la hez de la sociedad: presidiarios a quienes en la hora del tumulto se abrían las puertas de las cárceles; individuos "agarrados de leva", viciosos, miserables, ignorantes y degradados, verdaderos detritus sociales que mal podían discernir entre el honor y el deshonor, ni tener opiniones, ni distinguir entre la venalidad y la rectitud.

Y, sin embargo, el recluta mexicano, como veremos en el curso de esta historia, es con frecuencia ensalzado por propios y extraños, como modelo de resistencia, de frugalidad y de valor.

Pero antes, aunque sea con brevedad y tan sólo para exhibir la despreciable estatura moral de los más significados je-

fes militares reaccionarios, examinemos las acciones de algunos de sus prototipos; no sin empezar con la presentación que de ellos nos hace el general Porfirio Díaz, en las siguientes líneas:

"Antes de mi llegada frente a la ciudad de México, Portilla, que se titulaba Ministro de Guerra, ofreció entregarme la ciudad si se le daban garantías personales, y O'Horán me hizo la misma proposición, agregando que me entregaría a Márquez, con tal que le asegurase su vida y le diese un pasaporte para el extranjero. Los traidores son villanos aún entre ellos mismos".

LAS ONDULACIONES POLITICAS DEL AVIESO,
NEFASTO Y AMBICIOSO LOPEZ DE SANTA ANNA

Dignos herederos de aquel Iturbide que dejó imborrable memoria de una crueldad que ni a las mujeres respetaba; de una codicia sin límites; de una infidencia inmensurable, y de una delirante fiebre de poder, fueron, en su mayoría, los más descollantes jefes reaccionarios que tomaron parte activa en la Guerra de Reforma, y se aliaron con la intervención y con el Imperio.

Uno de los más insignes entre ellos, el atroz Antonio López de Santa Anna, desde 1854 había encomendado a Gutiérrez de Estrada que atrajera la ayuda de Europa, a efecto de implantar en México el régimen monárquico. Y cuando la instalación del imperio con apoyo de las bayonetas francesas es un hecho, desde su destierro de la Isla de Santo Tomás, se declara partidario incondicional del trono.

En febrero de 1864, desembarca en Veracruz, después de haberle precedido, en junio del año anterior, su hijo; quien esperaba le preparara el terreno para dar cumplimiento al propósito de volver a representar uno de los papeles culminantes en la farsa política nacional. Pero si el vástago fué reembarcado por Forey, al invencundo vendedor de la mitad de nuestro territorio, Bazaine lo aprehende y lo expulsa a moción nada menos que de Juan N. Almonte.

En el mismo 1864, el cínico mutilado impetra la ayuda de la Unión Norteamericana, aunque estérilmente, para volver a adueñarse de los destinos de México.